

# CAPITALISMO Y ORDEN ECONÓMICO\*

**Valentín Andrés Álvarez**

*Vicedecano de la Facultad de Ciencias Políticas y Económicas  
de la Universidad Central*

La situación de un economista no es, ciertamente, ni grata ni airosa en mundo como el actual, donde casi todos los males colectivos que padecemos provienen de las causas económicas. Hemos de decir, sin embargo, que la Ciencia económica tiene el nombre tradicional de Economía Política y es el adjetivo "político" el que introduce todos los fallos y errores que se atribuyen al substantivo "economía". Para tener una idea de hasta qué punto este calificativo puede modificar el nombre a que se aplica, pensemos en lo que decía no recuerdo quien: nada hay más excelso y respetable que una madre; pero ponédle ese mismo adjetivo y la transformaréis en "madre política" es decir suegra. Ha habido una doctrina económica, la llamada Escuela Clásica, que rechazaba, por considerarla perturbadora, toda injerencia del Estado en la vida económica. La he denominado alguna vez Economía Apolítica. Esto que comenzó siendo una idea puramente teórica o académica se fue imponiendo lentamente a la realidad y de aquí surgió un hecho que hemos de analizar luego con algún detalle, a saber, que mientras la Economía se hizo menos intervencionista la realidad exigía una mayor intervención.

Aquí está precisamente el punto central del tema que voy a desarrollar en esta conferencia. Me propongo exponeros cuáles son, en mi opinión modesta, las causas del desorden económico del Mundo actual, causas que se centran, como veremos, en torno a esta idea.

Comenzaré por explicar cómo la Economía moderna, a medida que progresó en su perfeccionamiento, se hizo más insegura e inestable. Este perfeccionamiento fue debido, sin duda alguna, a la libre iniciativa de la empresa privada y al mercado de libre competencia, pero al hacerse la vida económica más inestable e insegura exigió del Estado una creciente intervención. Veremos luego cómo a este hecho se sumó otro y es la extensión abusiva de la economía del mercado libre a sectores sociales por su propia esencia extra-económicos. Finalmente expondremos el proceso real y concreto de cómo la conjunción de estos dos hechos condujo a la economía del mundo al estado lamentable en que hoy se encuentra.

---

(\*) Publicado en *Revista de la Escuela Social de Oviedo*, 1948, pp. 3-14.

Sorprendería a muchos que no mencione entre las causas de esa situación económica actual las dos grandes guerras que hemos padecido en este siglo. Es mi opinión, y pronto veréis en que la fundo, que no fueron aquellas guerras quienes arruinaron la economía del Mundo, sino la ya ruinosa economía mundial quien promovió aquellas guerras.

En otro trabajo (que aparecerá en la "Revista de Seguridad Social") he expuesto las causas de la inestabilidad creciente de nuestro sistema económico, así como la intromisión abusiva de la economía de mercado en sectores vedados a ella por ser de naturaleza extraeconómica. Resumirá lo expuesto entonces por ser precedente indispensable a lo que he de decir ahora.

Nuestro sistema económico actual se caracteriza porque en él es el capital, el factor de producción capital, el elemento organizador predominante; se le denomina por esto *Capitalismo*. Ahora bien, es el predominio creciente del capital lo que hace a este sistema cada vez más inestable. Veamos por qué.

Partamos del concepto más corriente de capital: renta ahorrada e invertida en un negocio. Capital es riqueza acumulada. Esta acumulación obedece al propósito de que los recursos retirados del consumo inmediato no se apliquen a éste *aquí y ahora* sino en otro lugar o en otro tiempo. Este diferente destino espacial o temporal de la acumulación en que el capital consiste, caracteriza los dos tipos de capitalismo que se han dado en la Historia, el "Capitalismo comercial" y el "industrial". En el primero los recursos acumulados se forman para llevarlos al lugar donde tienen más valor. Fue este "Capitalismo comercial" el que enriqueció, ya en la Edad Media, a Venecia y a la Liga Hanseatica. Pero a partir del siglo XVII surgió otro tipo de capitalismo el "industrial", que no es como el anterior viajero, sino sedentario, porque fija los recursos en una localidad, en una industria, por un cierto número de años, en los cuales el capital acumulado allí va fluyendo hacia el consumo durante un período de tiempo o ciclo productivo más o menos largo, a través del cual lo que se acumuló en una época se habrá de consumir en otras. Así como el capitalismo comercial enlaza países, el industrial enlaza épocas. Por eso con los progresos de la industrialización lo que en la economía de un país es el presente cada vez depende más del equipo productivo, la acumulación heredada, del pasado, y lo que será en el futuro de cómo aquél se conserve y se perfeccione hoy. El progreso del capitalismo moderno en sus dos formas, comercial e industrial, consiste, pues en la intensificación de ese doble engranaje económico por la Geografía y por la Historia.

Ahora bien, es fácil de comprender cómo a medida que un país intensifica sus relaciones comerciales con otros está más expuesto a perturbaciones en su economía propia, pues cada nuevo enlace abre una vía a las alteraciones posibles, ya que un pueblo no solo sufre las anomalías que surgen dentro de él sino también todas aquellas que provienen del exterior, encauzadas por sus enlaces con otros. Y las mismas consecuencias que el enlace comercial entre países ocasiona la trabazón industrial entre épocas, porque la economía presente acusa todas las perturbaciones del pasado y actualiza las que se preven para el futuro.

Como es sabido el capitalismo postuló, desde su nacimiento, el mercado libre y se desarrolló y perfeccionó al mismo ritmo con que ese mercado aumentó su extensión e intensificó su libertad. Pero las perturbaciones que acabamos de indicar crecieron también con aquel desenvolvimiento y así fue como el sistema capitalista se enfrentó con la contradicción tremenda de que mientras aquel orden económico exigía cada vez mayor libertad, sus efectos sociales pedían cada vez mayor intervención.

Estos efectos del industrialismo, manifestados muy especialmente en el paro cíclico y en el general, en la inestabilidad de la demanda de trabajo, la inseguridad del trabajador, etc., progresaron en tal forma que a principios de este siglo hubieron de crearse instituciones para remediar aquellos males, males que reclamaron e impusieron una intervención enérgica, en el momento, precisamente, en que el anti-intervencionismo estaba en su apogeo, en la teoría y en la práctica.

Pero muchos antes de esa época, desde mediados del siglo XIX, hubo de establecerse ya una política social no para remediar los efectos de la inestabilidad económica del capitalismo sino los de la progresiva deshumanización de la sociedad, ocasionada por la economía de cambio y de mercado libre, por el lucro como un fin en sí, que invadió, y absorbió sectores sociales antes apartados, por naturaleza y por tradición como veremos inmediatamente.

La Economía clásica elaboró la idea de un sistema económico que era como un mecanismo natural que funciona automáticamente impulsado por sus propias fuerzas y donde toda intervención, es además de dañosa, inútil. En principio esta idea era, sin duda alguna, beneficiosa, porque la economía libre donde pueda funcionar es, aún para los más destacados economistas de hoy, el sistema económico de más alto rendimiento, pero con una condición esencialísima: que se mantenga dentro de los límites marcados por los mismo principios en que se funda. ¿Cuáles son esos límites?

La Economía clásica, como la Economía moderna, es una Economía racional, es la teoría abstracta del mercado. Al extenderse esta teoría, siguiendo a la realidad que pretende explicar, a los factores de producción, tierra, trabajo y capital prescindió de algo esencialísimo. El capital, es decir, herramientas, máquinas, instalaciones industriales, etc., es un producto, algo creado por el hombre para facilitar las tareas productivas; nace dentro de la economía y está regido por sus leyes desde que se crea hasta que se destruye; no hay en él nada extraeconómico, y desde su nacimiento hasta su destrucción vive sometido a las leyes de la Economía. En cambio los otros dos factores, tierra y trabajo son por su propia esencia muy distintos del capital. La tierra es la naturaleza y el trabajo es el ser humano mismo; no son algo producido sino creado, no son productos del hombre sino creaciones de Dios. La tierra y el trabajo son entes extraeconómicos; por su origen, primero, y por las relaciones que crean después.

La naturaleza es, en parte conocida por la ciencia y en parte dominada por la técnica; económicamente nos suministra alimentos, materias

primas, fuerzas hidráulicas, etc., sin embargo su faceta económica es solo una pequeña parcela de la que su ser completo es para el hombre. Nuestras relaciones con la naturaleza, con la tierra, no son solo económicas sino también sentimentales, estéticas y hasta míticas en el más profundo sentido, y las relaciones que crea el trabajo, relaciones fundamentalmente humanas, aunque son en parte económicas, son en mucha mayor medida morales, en el más profundo sentido también.

La economía, como ciencia del mercado es absolutamente cierta; para las relaciones con aquellas cosas que por su naturaleza pueden entrar en el comercio es la suprema razón pura; pero extendida a las que están fuera de él es pura sinrazón. Tiene tal importancia este hecho, punto central y esencial de la presente conferencia que no resisto a la tentación de destacarlo transcribiendo un pasaje donde, en otra ocasión, puse de manifiesto esos elementos extraeconómicos que nos ligan a la tierra, refiriéndome, precisamente, a esta Asturias nuestra tan rica por su economía como bella por su naturaleza. Quería convencer a un pintor asturiano de que debiera consagrar su vida a pintar nuestra región y escribí para él lo siguiente: "Asturias necesita un pintor que le consagre su arte y lo necesita con urgencia porque se está quedando sin paisajes. Los ríos ennegrecidos y esterilizados por el carbón; los lagos y cascadas engullidos por las centrales eléctricas, las montañas destrozadas por las canteras, los bosques de castaños centenarios talados y aserrados. Aquella Asturias idílica, la Arcadia de nuestros antepasados y de nuestra infancia expira como una mártir, acuchillada, aserrada y descuartizada. Por eso tienes que consagrar tu vida a pintar la región y hacerlo antes de que llegue ese momento trágico en que el último gaitero con su montera, su calzón y sus madreñas lance al viento en su última gaitada el canto del cisne de la Asturias de nuestros padres que no supimos transmitir a nuestros hijos."

Después de este desahogo antieconómico y lírico, que espero me perdonaréis, y que me ha dejado muy tranquilo, reanudo el hilo de mi tema.

He de hacer una declaración, la economía libre del mercado es un sistema de funcionamiento tan perfecto que difícilmente podría ser superado. En esto estaban antes conformes todos, tanto los economistas teóricos como los hombres prácticos. Pero el sistema tiene sus límites. Acabamos de indicar cuáles son. Por eso me permito decir que el descrédito casi universal del liberalismo económico, a partir de la primera guerra mundial, fue merecidísimo en tanto que rebasó aquellos límites, pero fue grandemente injusto en tanto permaneció dentro de ellos. No fracasaron sus principios sino la abusiva intromisión de ellos en sectores, que rechazan, por esencia, las normas de la pura economicidad. Nadie puede decir que es injusto o arbitrario el precio que se forma en un mercado libre según la ley de la oferta y la demanda. Es el precio teóricamente racional y prácticamente razonable. En cambio nadie dirá que es justo un salario que no llegue al mínimo de subsistencia aunque se forma con arreglo al mismo principio de la economía libre. Puede decirse que sería un salario racional pero no sería razonable. Aquí la ración está en contra de la razón.

Con estas explicaciones se puede comprender ya el proceso real, específico y concreto que ha conducido a la economía del Mundo al esta-

do lamentable en que hoy se encuentra. Muchos dirán quizás que esto es una consecuencia de las dos grandes guerras que hemos padecido ya en lo que va de siglo. Opinión errónea. Las dos guerras mundiales no han hecho más que acelerar un proceso de raíces mucho más profundas. No fueron las guerras las que arruinaron la economía del mundo fue la ruinoso economía del mundo quien engendró las guerras.

Entre la revolución francesa de finales del siglo XVIII y la rusa de la segunda década del XX se desliza el curso tortuoso, pero relativa sosegado del siglo XIX, que aunque no coincide, como intervalo cronológico, con aquellas fechas, como ciclo histórico se abre con la primera y se cierra con la segunda. El viraje histórico que ocasionó la revuelta francesa, a fines del XVIII, sustituyó un régimen, "l'ancien regime" que era tradicional por otro que pretendía ser racional. El antiguo régimen era una organización esencialmente político-social, el nuevo régimen que lo sustituyó era una organización esencialmente económica. El viejo régimen era un sistema de relaciones de poder, tanto en el ordenamiento político como en el económico, pues dentro de este último las relaciones de cambio eran mínimas y en modo alguno caracterizadoras; así la tierra, que era el factor económico preponderante, se había adquirido por los medios originarios, extracomerciales, de adquisición, conquista, ocupación, etc.; era propiedad señorial; las mismas rentas tampoco se originaban como cambios de servicios económicos mutuos sino como consecuencia de relaciones señoriales también, carácter que han conservado, al menos en España, muchas rentas rústicas, muy distintas de las que se fijarían en una contratación libre. Ahora bien: dentro de ese régimen comenzó a adquirir una preponderancia cada vez mayor, en el mismo siglo XVIII, un nuevo sistema de relaciones económicas articulado por el mercado de libre competencia, y que sustituyó la antigua organización social fundada en relaciones tradicionales de poder por una nueva organización fundada en relaciones económicas de cambio, sustituyó a la preponderancia económica del factor de producción *tierra* la del factor *capital*. Aunque otra cosa se crea la revolución francesa fue, en el fondo la revuelta del capital contra la tierra, la rebelión del capitalista industrial contra el señor tradicional.

Cuando Bonaparte puso orden en Francia éste era ya un orden nuevo. El famoso código civil de Napoleón acabó con la propiedad señorial; la tierra y la renta se regularon según los principios de la economía de cambio. Creó ciertamente una nueva aristocracia, pero fue de financieros y grandes industriales, la nueva aristocracia del capital. Pero Napoleón fue derribado y las fuerzas del "ancien regime" no solo volvieron a imponerse sino que, además, se organizaron internacionalmente para combatir en cualquier país los rebotes revolucionarios. La Santa Alianza fue la Internacional de los señores territoriales.

Cuando la Santa Alianza se disolvió, a consecuencia de las revueltas del cuarenta y ocho, advino, definitivamente, al poder el capitalismo industrial, con su liberalismo político y económico. Tuvo también éste una organización internacional pero siguiendo sus principios fue una organización espontánea y no impuesta, que funcionaba automáticamente como un mecanismo bien construido y ajustado. Políticamente se fundaba en el equilibrio de las grandes potencias mundiales y económicamen-

te en la unidad creada por la cooperación económica internacional, fomentada por las tendencias librecambistas de la época y por el patrón de oro como dinero universal para el intercambio exterior. Hubo entonces una intensa transferencia de capitales. Los países más industrializados, y por lo mismo más ricos, invirtieron sus ahorros en los menos desarrollados económicamente. Gracias a estas inversiones en el exterior muchos pueblos tuvieron ferrocarriles que no hubieran podido construir contando únicamente con sus medios propios. Fue una época de paz y de prosperidad. Es lo que llaman los ingleses la Era Victoriana, por haber coincidido, aproximadamente, con el reinado de la reina Victoria.

Resulta curioso observar que el equilibrio de las potencias, unión internacional meramente tácita y espontánea, impuso al mundo, antes de la primera gran guerra, una unidad y una paz que no logró después de aquella, la sociedad de Naciones, aunque era ésta una organización no ya tácita y espontánea sino oficialmente constituida y regulada. La explicación está en que aquella organización primera actuaba en una época donde la cooperación económica internacional daba unidad a la economía del mundo, creando intereses superestales; mientras que la Sociedad de Naciones se enfrentó con un mundo económicamente disgregado. Es un hecho cierto que no puede haber unidad política donde falta la unidad económica. Anotémoslo.

La ruptura de aquella unidad, como lo hemos ya advertido, no fue ocasionada por la guerra anterior, fue el desenlace natural de aquel proceso iniciado con la Revolución Francesa o mejor dicho por el desenvolvimiento posterior de las fuerzas latentes que la provocaron. Lo veremos inmediatamente.

El gran capitalismo industrial, desenvuelto ya sin trabas políticas ni económicas, a partir de mediados del pasado siglo comenzó a resquebrajarse en sus propios fundamentos hacia 1880. La gran industria necesita grandes mercados exteriores para dar salida a su gigantesca producción. Trajo esto los imperialismos económicos, agravados por la aparición de dos nuevas grandes potencias industriales: Alemania e Italia. Suele afirmarse que fue el imperialismo económico la causa de la primera guerra europea. Fue ciertamente, la causa más visible, pero no la más profunda. Creo sinceramente que la competencia por mercados exteriores o coloniales hubiera podido encauzarse pacíficamente con una razonable regulación internacional. Pero había en el fondo otras causas de remedio mucho más difícil. La expansión capitalista no fue solo limitada en el exterior por aquella competencia, fue limitada también en el interior mismo de cada país. Además de aquella limitación horizontal hubo otra limitación vertical. La hemos indicado anteriormente: fue la reacción de la sociedad para evitar la propagación de la economía capitalista del lucro por el lucro a sectores vedados a ella. Había que defender de la explotación lucrativa los árboles de los bosques, los peces de los ríos, la belleza de los paisajes, la relación de la tierra con su cultivador tradicional, lazo de unión mucho más natural y social que económico, y había que defender sobre todo, y esto fue lo decisivo, al trabajador de la industria de la idea inhumana y errónea del trabajo mercancía, porque, como hemos dicho el trabajo es el hombre mismo, que es un fin y no un medio y mucho menos un medio para el lucro.

Pero aquí surge la gran cuestión. Al imponer salarios altos y cargas sociales elevadas, los costes, es decir los precios, se elevan también y ésto dificulta las exportaciones, lo cual no solo limita la expansión de la industria sino que hasta amenaza su propia existencia. Por eso la consecuencia necesaria fue un recrudecimiento del proteccionismo aduanero y de la competencia exterior que degeneró en verdadera lucha comercial. Hacia 1880 se inició esta tendencia y desde entonces no dejó de intensificarse. Esto fue la primera brecha abierta en la unidad del Mundo, fundada en la cooperación económica internacional. No debemos olvidar que todo esto fue una proyección hacia el exterior de dificultades económicas interiores; no fue, como el imperialismo colonial, una ofensiva para la expansión externa de la economía propia, sino la defensa para evitar su ruina. Estos hechos se iniciaron 35 años antes de la guerra anterior y ellos solos la habrían desencadenado, aunque no hubiese existido aquel imperialismo. La guerra económica había estallado mucho antes de declararse la guerra militar; y no era una lucha en mercados coloniales, sino metropolitanos. Recordemos el "made in Germany" de los productos alemanes vendidos a Inglaterra y recordemos también el terrible "dumping", es decir vender en el exterior a precios inferiores al coste normal y en el interior a precios superiores, pues de este modo son posibles elevados salarios en la economía interior mientras se arruina a la exterior.

Vemos, pues, que cuando estalló la primera Guerra europea estaba ya minado uno de los fundamentos de la cooperación económica internacional, el libre comercio como ideal o un proteccionismo moderado en la realidad; el otro fundamento, el patrón de oro como moneda mundial hubiera seguido el mismo destino si aquella guerra no lo hubiese aniquilado. El aislamiento económico progresivo, de las naciones con barreras aduaneras infranqueables, la intervención en los cambios, las manipulaciones monetarias inflacionistas, todos esos hechos que se consideran como consecuencias económicas de la guerra se hubieran producido igualmente sin ella, pues eran el desenlace natural de aquel proceso que ya latía bajo la superficie pacífica y tranquila del mundo victoriano.

La situación económica lamentable del mundo actual se debe, única y exclusivamente a la ruptura de la cooperación económica internacional por las causas expuestas. Este es el mal económico del mundo; este es el mal económico de España. La escasez de nuestra producción agraria se debe a no poder importar fertilizantes y tractores; las deficiencias de los transportes por no importar camiones y material ferroviario fijo y móvil. La escasez de viviendas porque nuestra capacidad para producir hierro y cemento está limitada por la falta de carbón, la que solo puede remediarse con la importación de maquinaria y "utillage" adecuado para las minas, etc. Cuando la cooperación económica internacional era un hecho todo esto era posible, pues aunque el volumen de las exportaciones de un país no cubriese el valor de sus importaciones necesarias, el déficit se saldaba con inversiones de capital exterior, una de las piezas esenciales en el mecanismo de aquella cooperación.

Este es el mal de la economía de hoy. ¿Y los remedios? Diagnosticar un mal es la premisa necesaria para su remedio. Si nos preguntamos por qué es tan difícil restablecer hoy las relaciones económicas internacionales quizás encontremos la respuesta resumiendo lo que hemos expuesto

sobre las causas que han conducido a su desaparición. La reacción intervencionista contra la abusiva extensión del liberalismo económico llevó también a extremos no menos abusivos. Hemos dicho ya que el fracaso del liberalismo no provino de sus principios altamente razonables y convenientes y acaso también indispensables, sino de una exageración, de una universalización rabiosa y jacobina de los mismos, tan razonables y convenientes dentro de sus límites como absurdos fuera de ellos. Aunque la frase suene a paradoja hay un liberalismo totalitario como hay un intervencionalismo totalitario y tan dañoso como éste.

A mi juicio el problema consiste en establecer los límites de la vigencia conveniente de los principios del liberalismo y de la intervención económica y establecer las conexiones posibles y reales entre ambos. Pero éste es otro problema y lo dejaremos para otra ocasión.